

Recuerdos de un centenario de de Garibaldi:

Castelar y

EMILIO Castelar es sin lugar a dudas el político español de su época que prestó mayor interés a la figura de José Garibaldi, cuyo centenario de su muerte (2 junio 1882) se está celebrando en todos los países libres con gran solemnidad.

En un artículo titulado *La Unidad de Italia*, publicado el 19 de mayo de 1860 en el periódico madrileño que dirigía Nicolás María Rivero, *La Discusión*, define a Garibaldi como «el audaz guerrillero, el Viriato italiano, protegido por el genio de la civilización que lo escuda para que pelee por la libertad de los pueblos». Garibaldi —dirá Castelar— «gran general, gran marino, tan hábil para defender una ciudad, como para burlar una escuadra, héroe de esos que produce de tarde en tarde un pueblo cuando necesita salvarse, sin más auxilio que el numen inagotable de su patria, sin más esperanza que la justicia y el derecho de los pueblos, pasa a Sicilia y la tierra de los volcanes, la antigua magna Grecia, la que suspiró tantos cánticos de libertad y enseñó tantas ideas humanitarias, estalla como el Etna, y los resplandores de su insurrección que se reflejan en el golfo de Pausilipo, dicen que ya es hora de que concluya para siempre la esclavitud y el tormento en Italia».

Biografía íntima

Unos meses más tarde, el 18 de septiembre, encontramos en el mismo periódico un amplio

editorial titulado *La Revolución de Nápoles* en el que, al final, Castelar traza los rasgos de una escueta biografía espiritual de Garibaldi, con esos tonos entre íntimos y recios, no desprovistos de esa retórica que le convertiría en uno de los mejores oradores de las Cortes constituyentes de 1869. Garibaldi —dice— ha nacido en el humilde hogar del pueblo; sus padres fueron gente oscura y desconocida; su infancia, la del pescador y la del marinero; su vida, la vida errante del desterrado; su patrimonio, su brazo y su espada; su único amparo, el que tiene la flor del campo, los seres más desvalidos de la naturaleza, la Providencia que viste el lirio del valle; toda su educación y toda su enseñanza, su desgracia y la desgracia de su patria; pero el genio del siglo, el espíritu de su tiempo, la libertad, se han apoderado de su espíritu y lo han hecho su hijo predilecto y le han dado la fe que remueve los montes, la esperanza que facilita la más arduas e imposibles empresas, la ardiente compasión por las desgracias de los pueblos, el menosprecio de la felicidad y de la vida, la sed ardiente del sacrificio; y con estas grandes cualidades, el oscuro, el despreciable guerrillero ha herido en la frente los imperios; ha sacado del árido suelo ejércitos, de las desiertas playas naves guerreras; ha reinado donde es más difícil reinar, en el corazón de los pueblos; ha hecho suya la victoria, ha arrancado coronas, y se ha desdeñado de ceñírselas en su frente, reservada para la corona del herois-

demócrata en el la muerte

José A. Ferrer Benimeli

Garibaldi



mo; sigue en su camino, sembrado de triunfos, para ver desde los muros de Venecia cómo se pierden a lo lejos las rotas naves austríacas, legando a la posteridad la Italia libre y un nombre inmaculado que las generaciones repetirán como uno de los milagros que la fe en la libertad ha hecho en nuestro maravilloso siglo.

Una vida extraordinaria

De las muchas obras escritas por Emilio Castelar, se ocupa de Garibaldi en no menos de una decena. Así en la *Historia del movimiento republicano en Europa* alude a Garibaldi al hablar del carácter general de las escuelas socialistas. Allí ataca a Proudhon, de quien dice que fue enemigo de la democracia, entre otras cosas porque se había reído, como cualquier gacetero legitimista, de la herida de Garibaldi y había dicho con brutal ironía «que los demócratas hacíamos una reliquia de su pierna; acción villana que le hará eternamente odioso a la democracia europea».

Pero es más adelante, hablando de Italia, donde encontramos múltiples alusiones a Garibaldi, representante de la agitación por la libertad y la unidad de Italia. En medio de las dificultades europeas —dirá Castelar— destaca la gran figura de Garibaldi:

Sea cualquiera el juicio que mis lectores hayan podido formar del guerrero italiano,

a la verdad, no puede ninguno de ellos dudar, que ora sea una serie de faltas, ora sea una serie de virtudes, la vida de Garibaldi es siempre una vida extraordinaria.

Y tras una sentida referencia a las cualidades marineras de Garibaldi, Castelar habla de la experiencia americana que enlaza con el carácter italiano del personaje dando como resultado una extraña mezcla mítico-legendaria.

Garibaldi pasó los días más floridos de la vida en las selvas de América, en el seno de sus ríos que me parecen mares, en aquella especie de exaltación de la vida en infinitos seres que tanto contribuye a exaltar el espíritu y arrojarlo en el seno de infinitas ideas. Es además italiano, de la tierra del arte, y ha hecho de su patria como Miguel Angel, como Savonarola, como el Dante, una especie de religión para su alma, una fuente de inspiraciones para todas las obras de su vida. Esto es tan cierto, que ese mismo hombre que hoy declara muerto el catolicismo y caído el Pontificado, se confesó como un penitente cuando creyó que Pío IX, convertido al liberalismo, salvaría su Italia (1).

(1) CASTELAR, Emilio. *Historia del movimiento republicano en Europa*, vol. I, pág. 125; vol. III, pág. 351. Madrid, 1974.



Batalla de Mentana (imagen de Epinal).

Retrato de Garibaldi

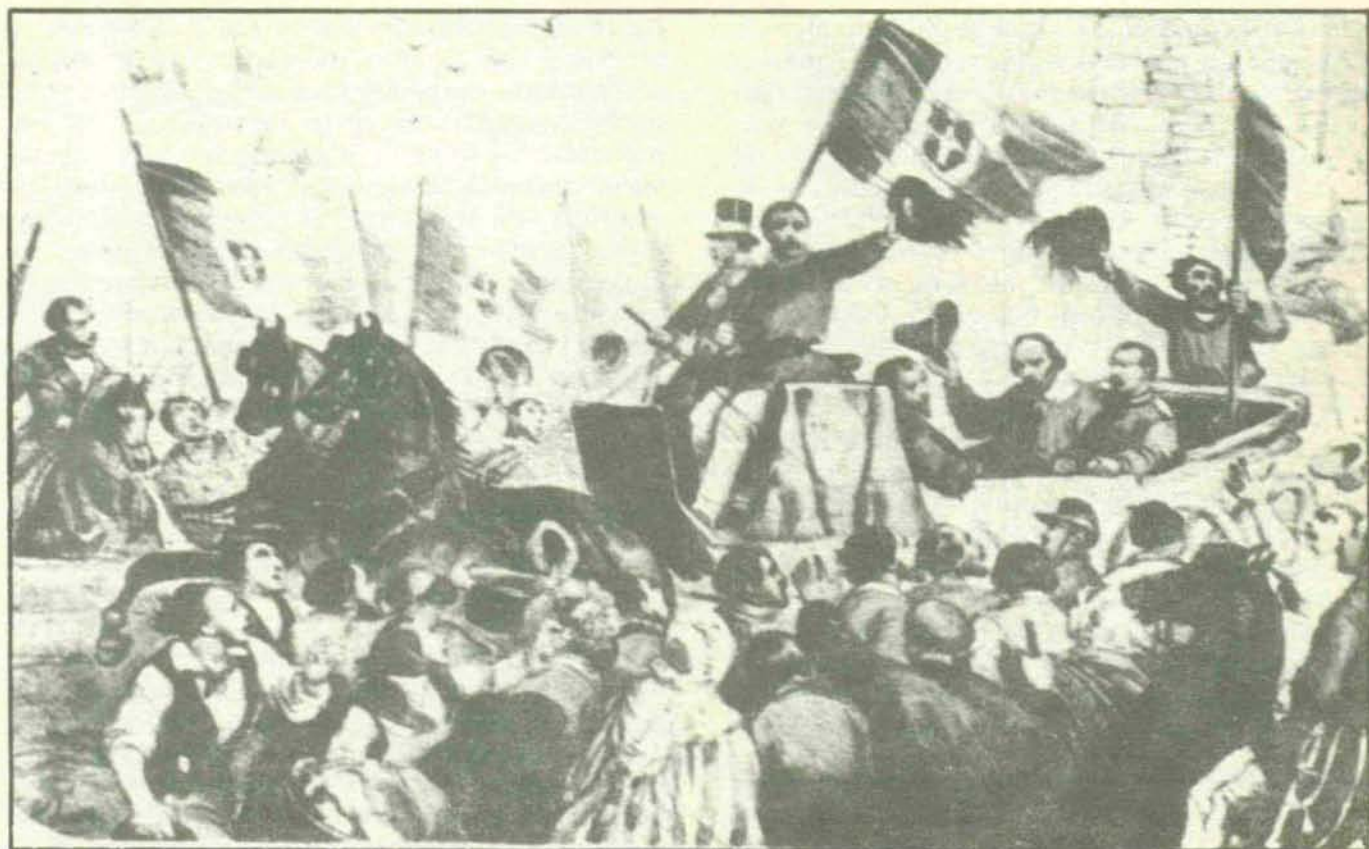
Este es el retrato que Castelar hace de Garibaldi desde una óptica entre romántica, cultural y política: «Hay que mirar a Garibaldi para comprenderlo. Su frente es ancha; la bóveda de su cabeza indica la benevolencia; de sus ojos destella una luz tan suave, que no es el centellear de la mirada de ave nocturna que tienen los implacables guerreros, sino la dulce resignación de los mártires; su rubia melena y su no menos rubia barba, surcada por algunas blancas canas, le rodea de una especie de atmósfera luminosa como la que daban por fondo los pintores de la Edad Media a sus místicas figuras.»

Y más adelante añade Castelar: Si hay quien crea, si hay quien ame, si hay quien espere en el mundo, tendrá siempre un culto al hombre que combatió por la libertad a las orillas del Plata, que vino en alas de su amor patrio a luchar en el sitio de Roma, que emprendió la inmortal retirada a Venecia, digna de compararse a la retirada de los diez mil; que volvió a reaparecer en los desfiladeros de los Alpes, cuando Italia peleaba por su independencia; que fue de Caprera a Palermo y de Palermo a Nápoles, ahuyentando los Borbones y sus cortesanos; que después de haber levantado con los conjuros de su genio y con el brillo de su espada, un trono, se volvió humildemente a su

isla; que fue herido por el mismo a quien le había dado la corona de Italia; que do ve un pueblo en peligro, allí está, inspirado por su



«Ajustando la bota a la pierna». Garibaldi calzando la bota de Italia al rey Victor Manuel II. (Caricatura de «Punch», 1860.)



Entrada de Garibaldi en Nápoles. (Litografía. Milán. Colección privada.)

ideal, a dar su vida por todos los oprimidos y a pelear contra todos los opresores (2).

Cuando se proclamó la I República española, Garibaldi escribió a Castelar el 24 de agosto de 1873, desde el retiro de su pequeña isla de Caprera para justificar su actitud y al mismo tiempo brindar por la República española: «Mis amigos y yo no ofrecimos nuestros servicios a ustedes porque no los necesitaban. Pero nuestros corazones están siempre haciendo votos por el triunfo de la bella República española que hace la admiración del mundo.» (3).

Campeón de la libertad

Castelar manifestó tal entusiasmo por Garibaldi, que acabó elevándolo a categoría de mito, todavía en vida del general italiano. Castelar tiene muchas páginas de recuerdo para su campeón de la libertad, en las que, con retórica más o menos poética, mezcla el cariño hacia quien es recordado como héroe, cometa errante, mártir, poeta, cenobita, sacerdote del pueblo... y comparado con Andrea Doria, Cristóbal Colón, Arnoldo de Brescia, Masaniello, Savonarola, Washington...

(2) *Ibidem*, vol. III, págs. 356-360, y en *Retratos históricos: Garibaldi. Ilustración Española y Americana*, págs. 82-83. Madrid, 1884.

(3) *Correspondencia de Castelar (1868-1898)*, Suc. de Rivadencira, pág. 380. Madrid, 1908.

Garibaldi es del temperamento de los héroes —dirá— y el temperamento de los héroes se sobreexcita con la contradicción y con la lucha... Héroe de otros tiempos se destaca del fondo de nuestra prosa diaria y de nuestras convicciones sociales como una sombra gigantesca o como una sublime discordancia... Su ser ha nacido impregnado de una idea como los astros de luz. Su vida se ha consagrado a esa idea con la fe de un mártir, con la constancia de un héroe, con el sentimiento de un poeta, con la franqueza de un orador, con la rigidez de un cenobita.

Y añade: Es marino como Andrea Doria, viajero soñador e inquieto como Cristóbal Colón, tribuno del pensamiento libre como Arnoldo de Brescia, plebeyo como Masaniello, severo como Cincinato, místico como Savonarola, sacerdote del pueblo como los Gracos, poeta en acción como todos los italianos; un Washington legendario, maravilloso, sin el sentido práctico de este gran ciudadano, pero con ese poético sentido que brota del sueño sagrado de las ruinas doblemente esmaltadas por los rayos del sol y los sueños de la poesía.

Esta visión mítica que Castelar hace de Garibaldi en el tomo tercero de su *Historia del movimiento republicano en Europa* (4) concluye con una referencia a esos locos sublimes que se

(4) CASTELAR. *Op. cit. Historia del movimiento...*, vol. III, págs. 385-387; 400-401.

llaman redentores...: El mar le ha dado algo de la libertad de sus vientos; las selvas de América algo de la exuberancia de su vida; La Italia algo de la armonía de sus inspiraciones; la religión algo de su desprecio por los intereses de un día; el arte algo de su extraña grandeza; la guerra algo de su audacia; y la fe el don de los milagros reservado a esos locos sublimes que se llaman redentores y que sacan de su locura el sentido común para muchas generaciones y de sus sacrificios y de su muerte la vida para muchos siglos.

Más adelante, recordando la derrota y cautiverio de Garibaldi, en 1867, Castelar añadiría, siguiendo con su técnica de comparar a Garibaldi con los grandes hombres de la historia: «Yo creo que Garibaldi ha crecido en su derrota como Sócrates en su muerte. Yo creo que ese hombre, ese gran hombre, de la madera de los héroes, que después de haber tantas veces visto la fortuna sonreír a su causa, es capaz de sacrificar hasta su reputación militar, de arriesgar hasta su corona de gloria, por devolver a

Italia su capitalidad y por salvar al mundo de la teocracia, ese hombre merece que su desgracia sea contada entre los sacrificios sublimes y su nombre registrado entre las legiones de los mártires. Yo lo veo tan grande hoy en su cautiverio como en su victoria... Garibaldi preso en esa tierra de Italia, que él ha emancipado, que él ha creado, me recuerda Colón volviendo en el fondo de un buque, por los mares antes de él inexplorados, preso en la misma tierra salida casi del fondo de su alma, y preso por los reyes a quienes había regalado un mundo.» Es la eterna triste historia del genio, concluye Castelar.

Elogio fúnebre

Unos años más tarde, en 1884, volvía Castelar sobre estas metáforas, en sus *Retratos históricos*, recordando a un Garibaldi muerto hacía dos años: Creedlo, el hombre que acaba de morir tenía mucho del héroe Cincinato en sus gustos, y mucho del monje Arnaldo y del monje Savonarola en sus sacrificios y en sus austeridades. Una voz sobrenatural y a todas horas oída en los aires, decía, por medio de vocaciones pertinaces, que aquel antiguo pensamiento de Dante, de Maquiavelo, de Miguel Angel, expuesto al mundo con todos los prestigios del genio, iba en su tiempo a cumplirse por su esfuerzo y tenía el solemne acento de un profeta, la figura de un Mesías, semejante a esos semipenitentes y semiguerreros que la fe religiosa de los pueblos semitas finge allá en las reverberaciones del sol sobre las fecundas arenas del desierto, uniendo a todo esto el sello característico de su raza heleno-latina, la rapidez y la claridad de los conceptos, el sentimiento artístico, la palabra nítida, la inspiración pronta, el amor a la libertad y a la Naturaleza, los rasgos característicos de aquellos hombres ilustres nacidos en la Grecia antigua e inmortalizados por las sencillas narraciones de Plutarco (5).

En otro contexto y obra, la *Historia de Europa en el siglo XIX*, Castelar vuleve a ocuparse de Garibaldi para decirnos que «para el pueblo, supersticioso y dado a lo maravilloso», Garibaldi se transformaba en personaje sobrehumano, especie de mágico. «Su camisa está hechizada —decían las gentes—; después de la batalla, la sacude y las balas caen.» «Los ángeles la protegen con sus alas —repetían las mujeres—; es invulnerable, porque fue vacunado con una hostia consagrada.» (6).

Hasta su traje ha pasado a ser legendario, nos dirá Castelar en el retrato histórico de Garibaldi: «Cuando los pueblos de Sicilia veían su

(5) CASTELAR. *Op. cit. Retratos históricos*, págs. 75-76.

(6) CASTELAR. E. *Historia de Europa en el siglo XIX*. Felipe González 1900-1901. t. VI. pág. 200. Madrid.



Emilio Castelar (1832-1899).

camisa roja, su manto gris, su sombrero tirolés, creían ver la imagen de la victoria.» (7).

Garibaldi es para Castelar el talismán de los pueblos libres, el amigo leal en la desgracia, el soldado de la humanidad... Su numen es el derecho, su ejército el pueblo, su alma la idea.

Últimos recuerdos

El recuerdo de los últimos años de Garibaldi, los recoge Castelar en una serie de entrevistas que tuvo con el general italiano. Una de ellas en Tours, en 1871, cuando Garibaldi acudió a Francia durante la guerra franco-prusiana:

«Garibaldi —escribe Castelar— apareció en la puerta del salón de la Prefectura, apoyado en una muleta, pues el tiro dado al pie (en Aspromonte) le hacía cojear un poco. No recuerdo figura humana que tanto se acercara en el mundo al concepto que tenemos de una figura divina. Parecime un Cristo de Juanes, circuido por su atmósfera etérea. Las facciones presentaban el dibujo escultórico de las facciones del Mediodía; y la color el blanco y sonrosado de las encarnaduras del Norte. Caíale sobre la espalda el cabello como un torrente de luz y en las retinas claras se reflejaba, como en lago serenísimo, un cielo de armonía y de paz. Más que a un guerrero se asemejaba por completo a un redentor, o cuando menos, a un profeta.» (8).

Cinco años más tarde, Castelar volvía a encontrar a Garibaldi en Roma, acompañado de varios españoles, entre ellos el gran pintor Casado, cerca de la Puerta Pía, en una quinta «desde cuyo retiro enviaba gigantescos planes al Gobierno italiano y a los Cuerpos Colegisladores, para el saneamiento de la campaña romana». Postrado ya por sus enfermedades, no pudo asistir al banquete que el partido liberal ofreció en honor de Castelar, pero envió como representante suyo a Menotti, quien le señaló el día y la hora de ver a su padre.

Esta es la descripción que Castelar hace de Garibaldi en aquella ocasión:

«Hallábase tendido en un sillón-cama, y al frente de una gran mesa cubierta toda ella de libros, mapas y apuntes. A pocas personas he oído hablar español —añade Castelar— con tanta gracia como lo hablaba Garibaldi, cuyo acento, entre nicense y americano, tenía un dejo semicatalán y semiandaluz muy extraño y por su extrañeza y variedad muy agradable.» (9).

(7) CASTELAR. *Op. cit. Retratos históricos*, págs. 90-91.

(8) *Ibidem*, págs. 97-98. Unas líneas más abajo, añade Castelar que «Garibaldi ejercía influjo sobrenatural con su virtud magnética sobre la voluntad y el corazón de los pueblos».

(9) *Ibidem*, págs. 99-101.



Un retrato en miniatura de Anita, autenticado por el hijo de Ricciotti. (Archivo. Arborio Mella.)

Y a continuación señala Castelar: «Comenzó por preguntarme noticias de la política española, que no podían ser muy gratas, reciente como estaba el triste fin de la República y el tris-tísimo advenimiento de la Restauración. Calificó, lo recuerdo muy bien —escribe Castelar—, muy duramente las resistencias puestas por el escrúpulo de los sectarios al restablecimiento de la pena capital en las ordenanzas del ejército y deploró la votación del tres de enero (10), si bien añadiéndome que yo debía olvidarla, siempre que olvidara el antiguo federal sus exageraciones doctrinales; cosa que calificó de imposible...»

La campaña romana

A continuación Garibaldi pasó a explicar sus planes relativos a la campaña romana, con tal copia de datos estadísticos y «de refranes nuestros, todos traídos a pelo, que estábamos como embobados oyéndole».

Me recordó al gran Lesseps —escribe Castelar— cuando explica su historia del istmo de Suez o sus proyectos del istmo de Panamá, a ese Lesseps, hijo de Barcelona y de Marsella, como Garibaldi es hijo de los Alpes marítimos, milagro uno y otro de la naturaleza, lustre y ornamento uno y otro del Mediterráneo...

(10) Se refiere al voto de confianza pedido por Castelar, como presidente de la I República española, a las Cortes en la madrugada del 3 de enero de 1874, que perdió por 120 votos en contra y sólo 100 a favor. Unas horas más tarde el golpe de Estado del general Pavía, que asaltaba con el ejército el Parlamento, terminaba con la I República española.



Visita de Garibaldi a Víctor Manuel II. (Cuadro de Gerolamo Induno.)

En estas disertaciones se consumió una tarde que —dice Castelar— «no olvidaré jamás, porque al irme y verlo tan demacrado, presentí la puesta de ese sol inmortal, a cuya lumbre se han avivado y han crecido cien pueblos» (11).

Esto lo escribía Castelar en 1884, después de la muerte de Garibaldi. Pero esta misma escena la reprodujo en vida de Garibaldi, en 1876, con unos tonos y detalles distintos, más retóricos y no menos expresivos:

«Garibaldi está resentido con el Parlamento a causa de haberse prorrogado sin tomar las disposiciones preliminares necesarias al cauce del Tíber y al saneamiento de la campiña romana... Garibaldi quiere volver al campo romano a tiempo en que producía con los frutos más sabrosos de Italia, los ciudadanos más aptos a la República. Y para producir estos bienes, quiere desinfectarlo, a fin de erigir sobre una tierra sin miasmas un pueblo sin supersticiones.» (12).

Retrato histórico

Castelar describe su última entrevista con Garibaldi, seis años antes de la muerte del general, con unos rasgos que vienen a completar

la visión que hemos visto refleja en sus *Retratos históricos*:

«Nunca olvidaré el día de mi última visita al ilustre general en su retiro de Roma... Todas las puertas se abrieron a nuestro paso, y todos los habitantes de la casa se esmeraron en acompañarnos y dirigirnos. Garibaldi está muy atezado del reuma que ha adquirido en sus largas navegaciones. Tiene las manos retorcidas por el dolor y apenas puede sostenerse de pie. No obstante esto, su cabeza de león guarda la fiera majestad antigua, sus rizos caen sedosos y áureos sobre los hombros anchísimos; la frente no ofrece ninguna arruga; la mirada de sus ojos azules destella aquella lumbre mística que penetra y conmueve; su figura de héroe, enérgica y robusta, se dulcifica por el esplendor religioso de su fisonomía y por la inocente sonrisa de sus labios, que parecen perfumados con el candor de la infancia. Mirad ese guerrero del Nuevo Mundo, ese auxiliar de Venecia expirante, ese tribuno de los pueblos oprimidos, ese dictador que ha alcanzado con sus manos la corona del más bello de los reinos y se la ha cedido a un rey, ese guerrillero legendario, ese racionalista que va a misa cuando el Papa va a la libertad, ese revolucionario que habla de Dios en el lenguaje de los santos mientras persigue a los sacerdotes con las befas de los clubs, y decidme si puede haber en el mundo una representación más propia del pue-

(11) CASTELAR. *Op. cit. Retratos históricos*, págs. 100-101.

(12) CASTELAR, E. *Cartas sobre política europea*, Libr. de A. S. Martín, págs. 149-152. Madrid, 1876.

blo italiano con sus contrastes clásicos y católicos, con su heroísmo antiguo y su espíritu moderno, con sus dioses latinos todavía vivos y su Pontífice romano; alma semejante a las almas de Francisco de Asís y de Jerónimo Savonarola, con algo de Brescia, de Rienzi y de Masaniello; lleno de contradicciones, en las cuales toma la universalidad de su genio y la grandeza de su carácter; luminoso como la gloria, arrebatado como la inspiración, teórico y práctico a la manera de los antiguos griegos, imagen verdadera de su gente y de su patria (13).»

Recuerdo de España

Tras este aguafuerte hecho a base de contrastes y claroscuros, en los que Castelar nos deja, una vez más, su retrato de un Garibaldi guerrillero, héroe, tribuno, dictador, revolucionario... y «racionalista que va a misa cuando el Papa va a la libertad», pasa a referir la justificación del propio Garibaldi ausente siempre de España en su lucha por la democracia:

Antes de sentarme —refiere Castelar—, dijo que constara cómo había ofrecido en todos los trances amargos su presencia y su espada a la libertad española, y cómo había dejado de ir a nuestras tierras, no a los golpes de su corazón, pronto siempre a la defensa de la democracia en todos los pueblos, sino a los consejos de nuestra prudencia.

Después —prosigue Castelar— nos mostró el mapa de las mejoras de Roma, que tenía delante de su vista y bajo sus manos. Encendiéronse sus mejillas, animáronse sus ojos, vibraron sus labios con una gran elocuencia al decirnos en lengua española, hablada con una gracia sin igual y con una armonía indecible, que consagraba el resto de su vida a devolver la salud, ya que había devuelto la libertad a Roma (14).

Muerte y olvido

La muerte de Garibaldi es recordada con tintes no menos retóricos y míticos, por su fiel amigo Castelar. Garibaldi acaba de morir —dirá— para la Naturaleza, pero no morirá nunca para la humanidad y para la historia. Y añade:

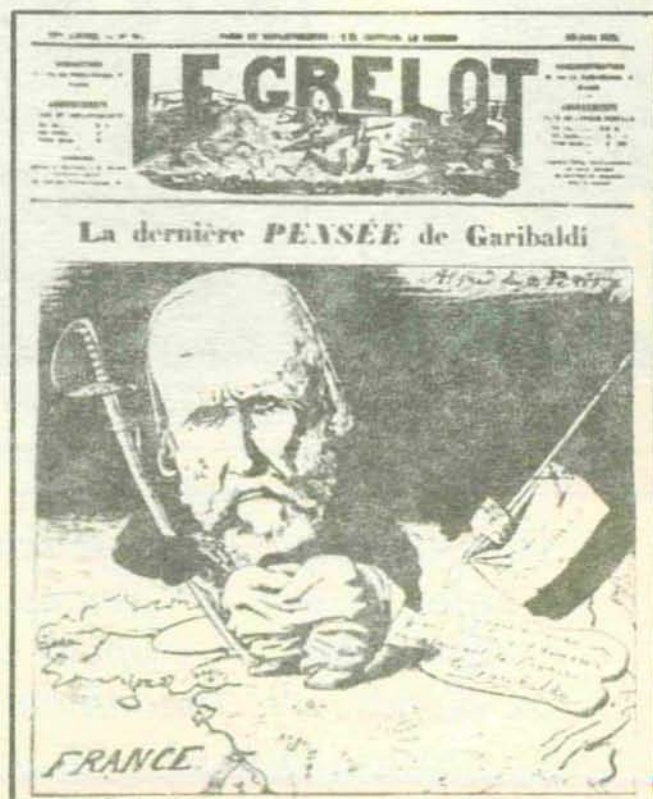
En los últimos tiempos ya estaba completamente paralizado y apenas vivía. El descuido sistemático de su salud y de su cuerpo, la porfía perpetua con los tiranos, la guerra en los dos mundos, la lucha con los vientos y las olas, las heridas de Mentana trajéronle reumas, gota y otras enfermedades análogas, las cuales han postrado su cuerpo en tales términos que no podía, no, valerse hace ya tiempo de sus músculos y de sus miembros, aquejado como estaba en una irremediable parálisis. Su viaje últi-

mo a Sicilia, emancipada por su poderoso esfuerzo, parecía como el entierro de aquellos generales y emperadores antiguos, a quienes llevaban, reproducidos en parecida estatua de cera sobre una cama mortuoria desde el lugar de su muerte a la pira, donde se disipaba en humo su cadáver.

Apenas conocida la noticia de su trance último —concluye Castelar— ha mostrado Europa entera intensísimo dolor. Las Cámaras italianas han suspendido por ocho días sus sesiones. Y coros de alabanza han resonado en las dos orillas del Plata, donde su nombre inmortal y su rostro legendario, consagrados por una grande apoteosis sin término, representan recuerdos tan heroicos y epopeyas tan sublimes que parecerán como la poesía de los genios y no como la realidad de los anales a las venideras generaciones (15).

Sin embargo, a pesar del cariño y entusiasmo de Castelar, hoy, a cien años de distancia, las nuevas generaciones españolas están muy lejos de aquel «nombre inmortal» y de su «rostro legendario». Sus recuerdos y epopeyas han sido prácticamente olvidados, a pesar de que hoy, como ayer, existen todavía tantos puntos de referencia, y tantas empresas comunes en esa lucha por la libertad a la que el general Garibaldi consagró toda su vida. ■ J. A. F. B.

(15) CASTELAR. *Op. cit. Retratos históricos*, págs. 93-94.



Caricatura de Garibaldi, del periódico reaccionario «Le Grelot» (1882).

(13) *Ibidem*, págs. 154-155.

(14) *Ibidem*, pág. 155.